

- Tenías tanto interés!
—Pues no recuerdo . . . Te lo diré después.
¿Me perdonas?
—¡Tonto! pero no vuelvas á hacerlo.
—¿Me lo perdonas todo?
—¿Cómo no si te quiero?
—¡Bendita seas! Adios!
—Adios . . .
Solté su mano, apagué la luz, y al descolgarme por el balcón oí sobre mi cabeza la voz de la niña que decía asustada:
—¡Ten cuidado!



XVII

Un conocido viejo.

DESDE aquella noche quedé tan cierto de la inocencia de Remedios, que no me hicieran vacilar un punto si me presentaran mil pruebas en contrario más claras que la luz; y creí que tanto se había facilitado mi percepción política, que sudarían en vano para engañarme todos los Gavilanes del mundo. Mi juicio moral fué más limpio, puesto que al ausentarse la oscura noche en que había vivido, lo primero que se presentó á mis ojos fueron mis propias manchas; pero dominando en mi voluntad la necesidad de

salvar á Remedios de los peligros en que su decoro se encontraba, las manchas me parecieron menos oscuras, y aún pretendí aquietar mi conciencia, justificando con sofismas mi conducta.

Fuéme forzoso entrar en el movimiento activo de todas las intrigas y de todas las tramas, y procuré obtener por industria las noticias que antes debía sólo á la casualidad. Visité á la Gobernadora y adulé á Candelarita; escuché las conversaciones de Vaqueril y Torvado y fuí afectuso con Roquete; asistí á la casa de Pérez Gavilán y me ofrecí á ayudarle en el despacho de su correspondencia que era ya bien abundante; averigüé chismes, inquirí noticias, propagué cuentos, y en una palabra, me metí en la política.

De todo esto, entre noticias, pláticas, gestos y suposiciones, vine á deducir que la situación era la siguiente. Había hablado Don Vicente con Pérez Gavilán, y este manifestó que siempre sería amigo leal del gobierno de Vaqueril; pero mientras tanto, la *Sociedad patriótica mutualista de Obreros liberales*, se convertía en verdadero *club* demagógico,

en donde ya no se hablaba sino de la tiranía del Gobierno, de su rapacidad, de su torpeza, y *El Taller Libre* publicaba las actas con comentarios, que dictaba el Presidente, amén de los párrafos de gacetilla en que se hacía una constante burla de los hombres públicos de Vaqueril abajo. Baraja gozaba de una licencia que no había pedido; lo mismo sucedía con tres ó cuatro empleados más. Cinco oficiales habían sido dados de baja; tres escribientes destituidos; un portero encausado y seis mozos de aseo echados á la calle. Luego la cosa andaba mal.

¡Y tan mal! De once diputados presentes, seis eran gobiernistas testarudos; y cinco eran *gavilanistas* conocidos, contándose en el primer grupo Miguel y en el segundo el mismo Don José I. Pero como entre la mayoría hubiese uno que alguna vez combatió un proyecto del Gobierno, Vaqueril no las tenía todas consigo, y necesitaba llamar á Cabezudo para cualquier conflicto. Por su parte Gavilán necesitaba dos más, y había puesto los ojos, como hombre versado en la materia, nada menos que en el mismo Don Mateo, úni-

co, según se decía, que era posible hacer cambiar, por medios que él se sabía; y de aquí su empeño en hacer regresar al Coronel.

Aunque yo no fuera maestro, ni cien codos menos, en la ciencia profundísima y abstrusa de entender y encauzar tales enredos, noté que la política que á mí me importaba, no llevaba la mejor vía; pues era claro que si Don Mateo venía á resolver el conflicto en favor de Gavilán, había de quedar en pié, y aun más alto que antes; lo cual daba al través con todos mis proyectos y esperanzas. Esta idea, y la que me lastimaba constantemente de que mis oficios de averiguar en Palacio para informar á Gavilán, no eran del todo limpios, me empujaron á casa del jefe revolucionario, al cual clara y resueltamente expuse mis temores por lo primero y mis ascos por lo segundo.

¡Cómo se rió Don José I. cuando me oyó!

No, señor, Don Mateo le serviría probablemente; pero cuando más se le mandaría otra vez de Jefe Político á San Martín. De todos modos yo sería diputado y secretario de Gavilán, y el me respondía (¡palabra de

honor!) de que con mi encumbramiento y su influencia, un mes después del triunfo yo estaría casado con la Cabezudita.

—En cuanto á sus escrúpulos, continuó el diputado, no me llaman la atención en un muchacho que empieza á conocer el mundo, pero le advierto que son una majadería. Cualquiera se reiría de vd. si le oyese. Además, yo soy su jefe; está vd. comprometido y no se pertenece ya. Tendrá vd. una brillante posición, adelantará en su carrera pública y se casará con esa muchacha; esto sobre todo. Pero tales ventajas no se obtienen así no más; son la compensación de los servicios políticos, y así tiene vd. la obligación de prestarlos. ¡Hombre! No se acobarde en la mejor ocasión. ¡Escrúpulos con Vaqueril! ¿Pues no sabe vd. que está traicionando al Gobierno general, á quien debe el ser lo que tan inmerecidamente es? ¡Quite vd. hombre! En política no hay escrúpulos que valgan y la gran ciencia es no perder, no caer. Y como terminara su discurso hablándome de Remedios, de sus peligros y de mi casamiento, que podía celebrarse antes de concluir el año, me

encendió la sangre y la imaginación, y concluí por contarle cuanto aquel mismo día había oído en mi oficina.

Le renové calurosamente mis protestas de adhesión, y él, estrechándome la mano, otra vez me repitió sus promesas y me llamó su *brazo derecho*, sin el cual le sería imposible llevar á cabo su magna empresa; de suerte que yo quedé convencido de mi verdadera importancia en la revolución y de que no podía ménos que cumplirme lo ofrecido al pié de la letra.

De repente me ocurrió una idea horrible, que no pude callar y la expuse sin rodeos:

—¿Y si perdemos?

—¡Si perdemos! exclamó Pérez Gavilán, sonriendo con presunción. No sucederá; pero en caso de que sucediera, nada tengo que temer ni vd. tampoco.

Daremos el golpe, cuando sea seguro; y si las circunstancias lo exigen, lo daremos al contrario.

—No entiendo; repliqué.

—No importa; fie en mí, que no me he de

• echar por un voladero. ¡Mucho ojo, mucha oreja, y no deje de venir.

No; pues si Don Juan Francisco Camacho y Fernandez me hubiese visto entónces, no me habria tirado de las orejas por falta de aplicación ni sobra de pereza. Entre los discípulos de Gavilán, pocos, si algunos, pudieran igualarme, según me torné de listo, averiguador y malicioso. Entendí que no me convenía asistir á las sesiones de la *Patriística mutualista*, ni en la tarde y con luz á casa de Gavilán; á la cual concurría noche á noche, para escribir cartas, y leer las que podía haber á la mano. Y quiso la suerte que una de estas fuera de cierta letra uniforme y angulosa que en el acto reconocí con súbito escalofrío, semejante al que produce la vista de una víbora interpuesta en el camino.

Leí de ella á hurtadillas lo que pude, temeroso de ser sorprendido por Perez Gavilán, y cogiendo de aquí una línea y de allá tres palabras logré, comprender que, envuelta en mil adulaciones y en términos vagos y embizados, se daba al diputado la noticia de que Don Mateo se resolvía á regresar, no por la

noticia (que no creía) de que su sobrina corriese peligro con un alto personaje, sino porque el autor de la carta, mañosamente le había dado informes sobre lo bien que aprovechaba su ausencia cierto joven pedreño, calentando los cascos á la sobrina y poniendo en peligro de desbaratarse el concertado matrimonio con Labarca.

La carta, fechada en San Martín, estaba suscrita por Don Abundio Cañas, sugeto advertidísimo y fecundo para todo aquello que requiriese malicia, desvergüenza y maldad, y de quien todo podía yo temerlo, desde que conocí su perversa índole, durante la bola de San Martín.

Nada pude decir sobre esto á Gavilán, puesto que habría tenido que revelarle mi indiscreción; y me retiré de allí inquieto y caviloso, presintiendo los males que aquel hombre podía hacerme, después del que ya me causaba para hacer regresar al Coronel.

Aquella misma noche escribí una carta á Remedios, después de romper cinco borradores que me parecieron inconvenientes. Mi objeto era ponerla al tanto de algo de lo que

ocurría; hacerle comprender por lo ménos que corría peligros, y que se tramaban planes infames que podían perjudicarla, todo con la mira de impedir que la condujera la inocencia á ser tenida por fácil ó despreciable; precaución tanto más necesaria, cuanto que yo sospechaba que había dentro de su propia casa algún criado vendido á los que la amenazaban. Pero no había manera de decir tales cosas, que las expresara sin ofender la inocente sencillez de la niña, y cada palabra del borrador me parecía el más grosero despropósito. Rompí los cinco uno tras otro, y al fin aprobé el que solo decía lo mismo de siempre: “te quiero con toda el alma.”

No me costó poco trabajo ni escasa paciencia, esperar en la calle del Insurgente á Pepa y atraparla un momento para confiarle mi carta; pero al fin lo conseguí á la siguiente noche, y pude saborear el dulce placer de bablar de Remedios con aquella buena mujer que sabía quererme porque amaba entrañablemente á la niña. Roguéle yo que la cuidara asiduamente, y ella á mí que siempre la quisiera; callé mis temores; pero con maña

conduje la conversación de tal manera, que Pepa, agena á mis propósitos, me contó cuanto deseaba yo saber, ya no por desconfianza, sino por curiosidad y para conjurar los peligros.

Según ella, el Gobernador había visitado dos veces á Remedios, durante la ausencia de Don Mateo; la primera acompañado de Roquete, para ofrecerle sus servicios puesto que estaba sola; la segunda con Corrales; el catorce del mes; pero Remedios, que había llorado mucho durante todo el día, pretextó una indisposición para no recibirle. Miguel había tratado de verla; pero la jóven, sabedora de que se decía que estaba enamorado de ella, excusaba recibirle, valiéndose de cualquiera invención.

Estas noticias fueron aclarando las leves sombras que quizá quedaran antes en mi espíritu; pero las últimas palabras de Pepa, como explicativas de algo que por inexplicable no quería yo recordar, llenaron mi corazón de un gozo inmenso.

— Todos los ramilletes, me dijo, que vd. tira al balcón, los conserva la niña muy bien

guardados. Al principio se negaba á recogerlos; pero por fin Andrea, la criada, le dijo que vd. los mandaba, y ella se puso muy contenta.

Era aquel un cabo del hilo, que podía conducirme al descubrimiento de la intriga vil de que Remedios y yo eramos víctimas ¡Fuera pereza y encogimiento! ¡Fuera temores y sospechas! Y cuenta que para desenredar una maraña hecha por Gavilán y Vaqueril, Roquete y Miguel, Doña Eulalia y Candelarita, había yo menester malicia y cautela de muy fina calidad.



XVIII

EX.

EL Tribunal Superior de Justicia, amigo mio, se niega á recibirme el examen profesional de abogado, y en verdad que es cosa extraña, porque importa esto un acto de verdadera justicia. Es el primero que le conozco.

Esto me decía Pepe Rojo, comenzando á tomar la infame sopa que nos preparaba la malhumorada cocinera que nos servía.

—Necesito emigrar, continuó, á un país más civilizado, en donde la libertad haya si-

do mejor comprendida y practicada, y desde hoy pido á vd. sus respetables órdenes.

—¿Deveras? preguntó Clemente.

—¿Tengo cara de burla? Entiendan ustedes que yo he de ser abogado pese á quien pese, tanto más cuanto que de ménos se hacen los hombres ilustres; por ejemplo: mi estimado condiscípulo Miguel. No me riña el señor Don Clemente por esta franca manifestación de mi juicio respecto á su ídolo.

—No, por cierto, replicó el aludido; eso allá con Juanito.

—No, señor; Juanito es un muchacho de quien he llegado á formarme mala opinión. Veo que ya no gusta de defender á Miguel, y voy creyendo que no sirve para maldita la cosa. Y luego que ha dado en echarla de taciturno y reservado, que no parece sino que él va á resolver el conflicto Pérez Vaqueril. Le recomiendo, señor Quiñones, que por correo extraordinario me comunique á la capital de la República, para donde marcharé en breve, el resultado de esta trabajosísima evolucion del progreso de los pueblos, no sin decirme la tajada que á vd. le quepa.

Se hablaba de Miguel, de sus amoríos y de los de Vaqueril, con poco miramiento á Remedios, á quien no podía yo defender, y tenía yo las orejas bien coloradas y ardorosas, cuando Julián entró sofocado, diciendo desde la puerta:

—¡Grandes noticias!

—Veamos. ¡Habla, hombre!

Julián se sentó; y entre una y otra cuchurada, hablaba, ahogándose algunas veces con el caldo y otras con sus propias atropelladas palabras.

—Don Mateo llegó ya de San Martín, mañana asistirá á la sesión, y como con él tiene mayoría el Gobierno, se presentará acusación contra Perez Gavilán y su cuñado López y López; serán encausados y llamados los suplentes.

El auditorio quedó un instante perplejo, mientras cada cual preparaba un comentario. Sólo Clemente lanzó una exclamación de alegría.

—¡Soberbio! ¿Pero será verdad?

—Ni duda cabe, todos lo dicen.

—Luego es falso, dijo Pepe.

—No, señor, yo subí al Congreso y oí á Don Mateo que decía á Carriles: “¡Esto es una picardía de esos bribones!”

—¡Magnífico! No hay duda.

—Pues hay más que saber.

—¡Más!

—Miguelito, que cada día se dá á conocer mejor como caballero intachable, ha sabido lo del Gobernador con la Cabezudita.

—¡Huy! Eso es grave.

—¿Y ya no se casa?

—Se casa dentro de cinco días, vota con el Gobierno y renuncia la Secretaría privada.

—¡Renuncia! exclamó Clemente abriendo desmesuradamente ojos y boca.

—Por dignidad, concluyó Julián.

A mí se me oscureció la vista, me mordí los lábios; pero pude guardar silencio. Los comentarios tomaron poco á poco calor y extensión entre los dos escribientes, que recíprocamente se aprobaban cuanto decían. Pepe lanzaba de vez en cuando una frase mordaz y oportuna y yo callaba, dispuesto siempre á dar crédito á las malas noticias.

Los escribientes no sofrenaban ni la ima-

ginación ni la lengua, adelantando siempre cuanta suposición podía enaltecer al Gobierno y al joven diputado, por el cual tenía todo el mundo una predilección tan especial como injustificada. Y cuando ambos se encontraban más acalorados, Pepe, con aquella palabra que tenía virtud de callarlos é imponerse, les dijo:

—Poco á poco, niños; no vayan tan aprisa, que nadie nos urge. Convengo, en nombre de las nobles tendencias del corazón humano, en que ustedes podrían tener razón; pero ustedes no han asistido á los colegios y por lo mismo no saben latín, lengua muerta que por algo se estudia, aun cuando no se aprenda, en nuestros institutos literarios. Dos letras hay que unidas forman una partícula fatal: la e y la equis. *Ex* debiera ser en nuestro idioma partícula inseparable; pero á algún desalmado político le dió la gana de separarla y vino á ser entre nosotros ya un sustantivo ya un adjetivo, que en el mundo de la política tienen significaciones terribles. Como sustantivo, vale tanto como abismo oscuro y sin fondo, del cual no suelen salir los que en él caen, ó si sa-

len es con la cabeza inclinada para siempre; á veces significa purgatorio, y las más infierno. Como adjetivo, expresa lo mismo que despreciable, indigno de estimación y de saludo, y en muchos casos, tanto como muerto. No, señores; el *ex* es un epíteto infamante que nadie acepta; un símbolo de lo pasado que tenemos siempre á la vista para tormento de lo presente, y por añadidura es un mote ridículo que provoca la risa y el desprecio de los demás. Estas acepciones de la voz *ex* son muy nuestras. En España, (que aunque muy adelantada en política no nos iguala), suele usarse como honorífica la tal voz, y el que no puede llamarse ministro, se llama *ex-ministro*, como si dijéramos *gran cosa*; pero entre nosotros, *ser* es la última expresión de lo sublime, y *haber sido* es buenamente una vergüenza. Sentemos como segunda premisa que Miguelito es muchacho de talento y que sabe latín, y concluyamos, ¡así la Lógica nos bendiga! que antes se someterá á las más duras pruebas, que consentir en que á su nombre acompañe la infamante partícula.

Ni las risas de mis amigos ni la inquietud

que me embargaba impidieron que yo escuchara á Pepe con atención, desentrañando la verdad que había en sus confusas expresiones. Pero apenas concluyó, agitado y cuidadoso salí de allí y me eché á la calle, ansioso de inquirir noticias sin saber en donde.

La vuelta de Don Mateo me causaba sobresalto y temor, puesto que apresuraba la resolución de todos los asuntos que me interesaban. La caída de Perez Gavilán no me parecía imposible, y el medio referido por Julián tenía verosimilitud.

Sin pensarlo fuí á meterme en la casa del revoltoso abogado, y sin reflexión le referí lo que sabía. Rióse Gavilán de buena gana, y me contestó:

—No sea vd. niño, Juanito; Vaqueril no me hará nada: me tiene miedo. No se ausente mucho de la secretaría, porque ahora es vd. más importante que nunca. Miguel está arreglando su matrimonio para dentro cinco días.

—Pero si él me ha dicho repuse.

—No crea vd. lo que le diga, no sea vd. niño.

XIX

El toro y el gato.

AQUELLA noche no pude dormir. Pe-
pa me dijo en el breve instante que lo-
gré detenerla al entrar en la casa del
Coronel, que Remedios estaba llorando y
Don Mateo de malísimo humor, y que ella
había oído en su boca frases que daban á en-
tender que la reprendía ásperamente, previ-
niéndole además, que acatara su voluntad sin
lágrimas ni objeciones.

¡Si me habría engañado Miguel, fingiendo
despreciar á Remedios! No; tal suposición
era absurda, considerado el carácter y las